
HORIZONTES DE LIBERTAD

Presentación, transcripción y comentarios al legado escrito de Avelino Barrios Rábano, «El Dios», un republicano perseguido.

Bernardo de Diego Miguel. Madrid, 2006.
ISBN 978-84-611-3327-7

Impreso en octubre de 2006, conocimos este libro a través de la presentación que hizo su autor en la VII Feria del Libro de Benavente, en agosto de 2007. Al título *HORIZONTES DE LIBERTAD* se añade en el interior el siguiente subtítulo, más aclaratorio:

“Relatos que nos dejó escritos en sus etapas juvenil y de la Guerra y Posguerra Civil española

Avelino Barrios Rábano

Apodado “El Dios”

Santiago de la Requejada (1910-2001)”

Se trata, sin duda, de una valiosa iniciativa que se debe a dos personas: al autor-transcriptor y editor, Bernardo de Diego, y a Ernesto Barrios, hijo de Avelino Barrios.

En estos tiempos que corren parece cobrar una importancia creciente, al menos desde un punto de vista colectivo, social, la recuperación del patrimonio arquitectónico, lo cual no parece tan

claro que suceda desde un punto de vista político. Salvaguardar, mantener, incluso recuperar y restaurar es, a menudo, objeto de polémica que se hace pública en los medios de comunicación. Últimamente se proclama, o se niega –depende de donde provenga la propuesta–, la necesidad de “poner en valor” tal o cual espacio o resto arqueológico, por ejemplo. Esta “puesta en valor” se ha constituido en expresión de moda dentro del lenguaje político de esta primera década de siglo, de tal manera que se aplica a todo lo que se reclama o propone “programáticamente” como una posibilidad de atracción turística, de desarrollo rural, etc. Si admitiéramos esta expresión seriamente, al margen de su idoneidad lingüística, entenderíamos que simplemente se pretende dar valor, en principio cultural, a un cierto patrimonio desvalorizado, marginado, desconocido o recién descubierto.

En principio, se suele hablar genéricamente de patrimonio cultural, en relación con el histórico o arqueológico; sin embargo, también está el patrimonio natural, ecológico, cuyo valor hoy día se reconoce tan importante y tan definitivo para el futuro humano. Pues bien, además hay que añadir la necesidad de recuperar y salvaguardar otro ámbito del patrimonio: el social, que está hecho de vivencias personales o colectivas.

Un ámbito que hasta ahora ha interesado a los etnógrafos, incluso a los dialectólogos. Dejando a un lado, pues va en otra dirección, el trabajo de antropólogos, sociólogos, historiadores, etcétera.

Este ámbito social quizá atañe más al mundo de la literatura, oral y escrita, pues, efectivamente, tiene que ver con la historia, pero en este caso la realidad viene filtrada por un narrador y un punto de vista. Esto es, hablamos de testimonios personales, útiles para el quehacer del

historiador y a la vez propios de géneros narrativos: biografías, autobiografías, semblanzas, etc.

He aquí el sentido del libro *Horizontes de Libertad*: salvaguardar la memoria escrita de quien se preocupó de narrar unas vivencias que consideraba necesarias de difundir, por muchísimas razones. Ciertamente narra una etapa muy dura y terrible de nuestra historia reciente, sobre la cual se han escrito numerosos tratados históricos y obras literarias; sin embargo, no se conservan tanto las historias personales, historias cercanas, que muchas veces hemos conocido incluso de boca de quienes las vivieron. En alguna medida no pocos testimonios se han salvaguardado por programas de radio y televisión; más raros son los escritos.

Es segura la existencia de muchos relatos personales, autobiográficos o no, que relatan acontecimientos importantes de la historia vivida. Al fin y al cabo, pueden ser formas de superarla, de no resignarse, o simplemente de sobrevivir.

De vez en cuando, casualmente, los textos ven la luz de la imprenta, gracias a sus propios protagonistas o a familiares y amigos.

Afortunadamente en el caso que nos ocupa se han reunido suficientes circunstancias favorables para la salvaguarda de este importante patrimonio social: una persona, Avelino Barrios, que dejó escritas unas páginas de carácter autobiográfico (entre 1925 y 1945); su hijo, Ernesto, que profundamente fiel a su padre las da a conocer; y Bernardo de Miguel, profesor y escritor, que cree y valora la historia personal que Avelino dejó escrita. Además, y no menos importante, el autor final del libro cree en la figura personal de Avelino, pues siente muy cercanas la bondad y humanidad que rebosaba como persona.

Bernardo de Miguel realiza un trabajo exquisito con los papeles manuscritos proporcionados por Ernesto. No interviene ni se inmiscuye en el relato. Sí, en cambio, organiza una estructura de capítulos a los que añade una presentación que guiará al lector y le facilitará la total comprensión de la persona y de los acontecimientos narrados. Bernardo desea mantenerse al margen, aparecer, en cualquier caso, como mero “mediador”. Tan solo aporta los títulos indicativos correspondientes a las etapas cronológicas: “Proclamación de la trayectoria vital e ideológica”, “Etapa anterior a la guerra civil”, “Guerra civil española”, “Prisionero en España”...

En las páginas pares se reproducen las páginas manuscritas, directamente reproducidas, fotografiadas, del cuaderno de Avelino Barrios; en las páginas impares va la transcripción realizada por el autor, acompañada de fotografías y material gráfico relacionados con el texto.

Ésta es la historia de un republicano convencido, un hombre que creía fervientemente en la libertad, igualdad (matiza: no la de cortar a todos por el mismo rasero) y fraternidad; pero, ante todo, en el progreso: conseguido con ayuda de la enseñanza, de la instrucción gratuita y obligatoria. Avelino creía en la bondad del género humano. Era un optimista, un utópico en el mejor sentido de la palabra, trabajador incansable, luchador tenaz, que no combatiente, pues mantuvo siempre un firme e irrenunciable compromiso consigo mismo: no hacer mal a nadie; hacer todo el bien posible... Con tales presupuestos la época que le tocó vivir le correspondió con lo que tocaba: dolor y tristeza. Alguien que se negaba a disparar contra otros seres humanos no tendría lugar en el ejército: ¿dónde tendría lugar?... Su desertión en Zamora el día antes de ser enviado a Brunete le proporcionó la única oportuni-

dad de sobrevivir... durísimos meses de “topo” en su propio pueblo, Santiago de la Requejada, hasta que fue denunciado –la maldad, el miedo o quién sabe qué desencadenó la denuncia- teniendo que huir por los montes de Sanabria hacia Portugal. Su vida se hizo aún más dura, hasta que fue apresado y entregado a España. Empezó su periplo por cárceles y prisiones militares, hasta que el fin de la Segunda Guerra Mundial influyó para ser liberado de su castigo en batallones del norte de África. Era el año 1945. A partir de ese momento, también nacería su único hijo, se entregó en cuerpo y alma a la jardinería y horticultura.

Avelino miraría hacia el futuro. Ni tan siquiera el peso terrible de los sufrimientos pasados socavó su ánimo. Se aferró al amor de su familia y al amor al trabajo. En su tierra sanabresa consiguió hacer de su vivero forestal una referencia en más allá de la provincia de Zamora. En 1990 fue galardonado por la Consejería de Medio Ambiente y Ordenación del Territorio de la Junta de Castilla y León “en reconocimiento a sus desvelos ecológicos”.

Por otra parte, lo concerniente al estilo literario que Avelino utiliza para su relato autobiográfico es igual de sorprendente que el contenido: tras un estilo sobrio, preciso, al servicio absoluto de la narración, surge lo que hoy llamaríamos “guión cinematográfico”. Y no sería tal su intención primigenia; sin embargo, el libro nos viene a proporcionar la parte literaria de un guión a la que sólo hay que añadir los pormenores técnicos. No sería una idea nada desdeñable, con la falta que tiene el cine actual de buenos guiones. Sin duda éste no sería otro más. Las palabras que dejó escritas Avelino rezuman ritmo, suspense, ideas... narración pura, sobre un fondo de humanidad y gran personalidad,

y sobre una época en muchos aspectos fascinante. En sus primeros años de juventud aprendería a desenvolverse por las calles de Buenos Aires. Su madre y él habían emigrado para salir de la miseria. Al regreso la situación familiar no había cambiado demasiado. Trabajador incansable, probó fortuna de comerciante de tejidos, recorriendo pueblos en bicicleta. Estalló la guerra y todo empeoró... Y al final nos pudo contar su vida y su visión de esa época: el aprendizaje realizado en la cárcel de Valladolid sería clave.

Saludamos la iniciativa editorial de Bernardo y Ernesto. Merece la pena leer el relato de Avelino Barrios: consiguió un ritmo narrativo casi frenético pero que a la vez rebosa sensaciones de calidez y humanidad. Sabremos más de aquellos momentos y conoceremos a una persona, valiosa, a la que sí que ha merecido la pena conocer, aunque sea póstumamente: una verdadera lástima... una vez más la posteridad...

LUIS CARLOS NUEVO CUERVO